

PREMIO IX CONCURSO DE NARRATIVA FUNDACIÓN HUGO ZÁRATE.

EDICIÓN 2014.

Título: “UNA OBSESIÓN PELIGROSA”. Autora: PAULA RE.

Nos queríamos. Nuestro amor seguía vivo, pero sin él cada día se tornaba oscuro y frío. No concebía la idea de que otra mujer me arrancase al amor de mi vida, pero tendría que vivir con ello. Nos habíamos conocido en la universidad, éramos dos almas jóvenes que deseaban amar y sentir el cariño, descubrir finalmente, aquello que recibía el nombre de ‘amor’. Y lo mejor fue descubrirlo con él. Fue uno de los mejores años de mi vida. Nos enseñamos mutuamente. Él me hablaba fascinado sobre la historia de la filosofía y lo magnífica que ésta era, yo en cambio le contaba lo que la ciencia me había enseñado, los avances que habíamos conseguido gracias a ella. Hablábamos y discutíamos sin cesar. Pero a pesar del cariño, los besos y todo nuestro amor, él decidió alejarse de mí y desaparecer de mi vida. Así comenzó todo esto. Y realmente lo lamento mucho.

Trabajaba en una empresa, investigando la manera de crear un nuevo dispositivo que fuese capaz de reemplazar e imitar los movimientos exactos de manos y brazos. Me apasionaba mi trabajo, porque me encantaba investigar. Mantenía mi mente centrada en algo, y así evitaba pensar en él. Aún le recordaba, pensaba en cómo sería, que estaría haciendo y si amaría a otra mujer. Por eso ideé este perfecto plan.

Cada día al volver del trabajo me encerraba en el taller, planeando cada detalle de lo que sería un sueño hecho realidad. Volvería a estar con mi amado. La empresa en la que trabajaba estaba investigando la manera de crear clones. Durante años, la idea de clonar a Ricardo había deambulado por mi cabeza, y había conseguido los datos y la información pertinente para llevarlo a cabo. Durante cinco años, cada día al volver del trabajo, me adentraba en el taller y allí planificaba y diseñaba a mi futuro esposo. Cinco

largos años pasaron, ya tan solo me quedaban algunos meses de trabajo, y pronto tendría que conseguir la pieza más difícil de este gran invento. Una muestra de sangre de la persona que se deseaba clonar. ¿Cómo lo conseguiría? Fue un elaborado plan.

Gracias a una serie de contactos y mentiras, conseguí hablar con el director del ambulatorio al cual asistía Ricardo muy a menudo, ya que era una persona que deseaba saber si todo su organismo funcionaba correctamente. Después de una larga charla, y documentos adquiridos de manera ilegal, conseguí que el director me admitiese como enfermera. Me enviaron a la sala donde se realizan los análisis de sangre. Mi plan iba sobre ruedas. Habían pasado ya cinco semanas, y Ricardo no aparecía. Ya cuando mis ánimos se desvanecían, le vi. Abrió la puerta de golpe, con sus gafas de piloto en la mano derecha, miró con tono seductor al resto de las enfermeras, sin detenerse en mí. Oía como se acercaba al taburete mientras le guiñaba un ojo. Creo que era bastante conocido por aquel lugar. Se sacó la cazadora, se arremangó su polo color verde y apoyó su brazo sobre la mesa. Enseguida me dispuse a realizarle yo el análisis, acto seguido apartó su brazo y se dirigió a mí con voz ronca. Mientras, me decía que las pelirrojas no eran de fiar, y que por consiguiente, prefería insertarse él la aguja. Que tenía cara de saber poco. Entonces llamó a una rubia que había tras de mí y entre risas y cortejos su sangre fue entrando y encerrándose en aquel botecito, que posteriormente utilizaría para lograr mi sueño. Cuando el turno de las demás enfermeras y el mío terminaron, me apresuré y busqué aquel pequeño tubo rojo sucio y me lo guardé. No volví a aparecer por aquellas salas.

Después de cinco años y tres meses, había conseguido crear la primera máquina capaz de clonar personas, que cuando cumpliera su cometido, sería destruida. Elegí un día claro y soleado, con cielo despejado y nubes dispersas, un lunes. Llamé al trabajo para

notificar al director de mi resfriado y mi elevada fiebre. Me habían concedido tres días libres.

Entré en el taller con mi bata blanca, mi caminar firme y seguro. Destapé el panel de control, encendí la gran máquina, y me situé en la cabina de seguridad. Desde ahí vería nacer a mi nuevo Ricardo. Estaba saboreando ese momento. Durante años había preparado todo para que nada fallase. Cerré la puerta con pestillo, desconecté el móvil, coloqué el casco de seguridad sobre mi cabeza, y empezó todo. Había puesto en marcha la máquina, empecé a configurarla, solo quedaba introducir el tubo rojo en el lugar correcto.

Todo ocurrió muy rápido, tanto que no puedo recordar realmente que pasó. Entre amasijos de hierro desperté, cubierta de algunas piedras de tamaño mediano, sangre por alguna parte de mi cuerpo, y la vista algo dañada. Aun así me levanté, y cojeando me acerqué a aquella máquina destruida. Ese era el momento que había estado esperando año tras año, conseguir aquello supondría conseguir toda la felicidad que pudiese desear. Entonces poco a poco me situé delante de la gran puerta de metal, aún intacta. Rodeé el picaporte de seguridad mientras tecleaba la contraseña pertinente y la abrí. Ahí estaba, tendido sobre esa gran superficie. Le observé durante un tiempo, esperando a que despertase y poder presentarme, conocernos y enamorarnos como en el pasado. Pero justo en ese momento me di cuenta. Había un gran agujero, del tamaño de una persona, en la pared trasera de aquel pequeño cuarto. ¿Qué podría haber pasado? Tal vez Ricardo llegó a despertarse, rompió aquella celda y luego se desmayó. Eso fue lo que creí, no sabía las consecuencias que tendría mi equivocación hasta semanas más tarde.

Lo único que me importaba en este mundo era él, y por fin podía tenerlo. Con mucho esfuerzo, cargué su cuerpo y lo metí en el coche, rumbo a mi casa. Mi laboratorio se encontraba algo lejos de la ciudad, así que no había otra opción. Llegamos de noche, y rápidamente le saqué del vehículo y lo metí en la que sería nuestra casa. Lo acosté en el sofá, le tapé, cerré todas las puertas y ventanas y le dejé dormir. A la mañana siguiente bajé al salón, feliz, como cuando un niño va a buscar sus regalos de reyes en navidad. Él estaba ahí, sentado, apoyando su cabeza sobre sus manos. Pensativo. Cruzamos miradas y enseguida se dirigió a mí, preguntándome que había pasado. Le expliqué que le había encontrado en un banco y le había traído a casa. No podía revelarle su verdadera procedencia. Se quedó mirándome, grabando cada parte de mí. Nos abrazamos. Lo había conseguido. Era la primera científica que había logrado algo tan grande.

Pero fue días después cuando me di cuenta. Era un martes, no había salido de casa desde entonces, y me dirigía al trabajo. Me senté en la parada de autobús que cogía cada mañana y fue entonces cuando le vi. ¿Qué hacía ahí mi Ricardo? Estaban sentados en la cafetería de la plaza. Él y otra mujer. Corrí hacia ellos. Entonces me di cuenta de que era otro Ricardo, no el verdadero, sino otro clon. No sabía que pensar, estaba confusa. Me dirigí hacia casa para comprobar que no se tratase de mi R amado. Corrí todo lo que pude, mis zancadas abarcaban toda la calle y mi respiración se interrumpía cada vez más. Cuando llegué cogí la llave rápidamente. Abrí y empujé la puerta. Grité su nombre una y otra vez, esperando que no me contestase. Fue en vano, ahí estaba él, cocinando para mí. No lo podía explicar. Tal vez la respuesta se encontrase en la grabación de seguridad de mi laboratorio. Dejé a Ricardo en casa y conduje hasta aquel apartado lugar.

El laboratorio seguía tal y como lo había dejado días antes. Atravesé los escombros y llegué a la cabina donde se encontraba la cinta de grabación. No podía esperar, me senté

en la silla y la puse. La adelanté al momento de la creación, y fue entonces cuando pude ver como la pared trasera de la celda se rompía y salían más de cinco personas. Mi asombro y temor iban en aumento. ¿Qué podría haber fallado? Jamás lo sabría, la máquina estaba destruida.

De camino a casa reflexioné y justifiqué los actos, realmente no pasaba nada si habían unos cuantos clones por la ciudad, la gente no se daría cuenta, y yo ya tenía a mi chico. Y lo tuve durante meses, los más felices de mi vida. Todo era perfecto. Solo había una cosa que se me escapaba. Durante estos siete meses, decidí olvidarme de aquellos clones que vivían por la ciudad. Fue el mayor error que cometí. En las noticias ya hablaban de eso, se escuchaba en las radios, y no podíamos salir del país por si el virus llegaba a otros países. Había ya miles de afectados y algunos fallecidos. Yo sufría los mismos síntomas desde hacía unos cinco meses.

Cuando conseguí la sangre del verdadero Ricardo, no me detuve a realizarle pruebas, pues yo sabía que él estaba sano. Pero estaba equivocada. Ricardo estaba enfermo desde hacía años, pero su enfermedad era leve y solo podía contraerla mediante su sangre. Al clonarla empeoré las cosas. Hice posible que la enfermedad adoptara otra configuración y se transformase en un virus más agresivo, que se podía contraer de muchas más formas, mediante la saliva por ejemplo. Poco a poco el número de afectados aumentaba, las muertes también. Como buena científica que era debería haber comprobado la sangre antes de realizar cualquier atrocidad. Pero mis ganas de estar con él eran más fuertes. Realmente me arrepiento de lo que hice.

Querido lector, te escribo esta carta desde la camilla de un hospital. No me queda mucha vida que disfrutar, mis órganos poco a poco se van apagando. Ayúdame a parar

este desastre, encuentra una forma de detener el virus. Solo la ciencia nos ayudará. El final de este relato y del mundo está en tus manos.